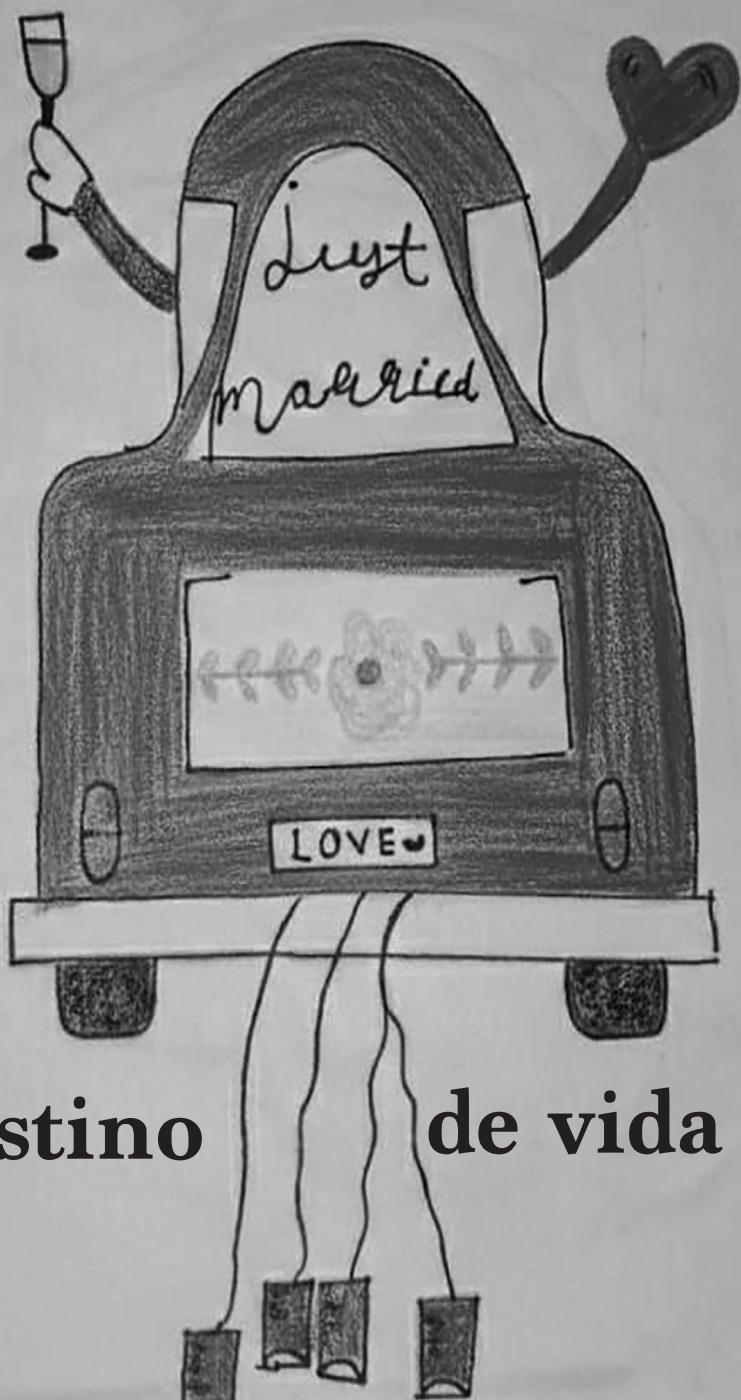


Antología de cuentos de viajes



Destino de vida

DESTINO DE VIDA

Antología de cuentos
de viajes

lumbre

Leer te prende

Destino de vida	3
Desesperanzado	5
Instrumentos	9
El reflejo	13
Extranjero de la muerte	17
Novia a 5 Km	21

Destino de vida

Prepárate para ver cómo nuestros personajes de los cuentos dan la vuelta al mundo (o al más allá) siguiendo ese camino que llaman “el viaje del héroe”. Y te avisamos, no siempre es un paseo por el parque...

Todo empieza cuando la vida les da un golpe que les saca de su rutina.

Aquí es donde se pone bueno, y duro. Nuestros héroes se enfrentan a obstáculos que los ponen a prueba de pies a cabeza. Este es el punto en el que todo cambia. El regreso nunca es igual al inicio. En fin, cada uno de estos personajes vive su propio viaje de héroe, algunos lo sobreviven, otros no, pero todos dejan una huella que nos hace pensar sobre la vida, el amor, la valentía y lo que realmente significa ser fuerte.

Las autoras de estos cuentos son mujeres del plantel San Lorenzo Tezonco de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.



ZADO

Desesperanzado

Maricarmen Aguirre Urióstegui

Era el otoño de 1991 y la cosecha no había prosperado en el pueblo de San Benito. Los campesinos tuvieron que regalar sus cosechas. La hambruna les llegó rápido; muchos campesinos tuvieron que salir a pedir limosna o un taco al centro de la ciudad más cercana.

Jacinto era un joven campesino de 25 años que tenía una esposa, Mariana de 20 años, y un pequeño niño, Javier, de 3 años de edad. Ante la desesperada situación, Jacinto empezó a tomar cualquier trabajo para salir adelante con su familia.

Pasaron dos semanas y Jacinto no encontraba trabajo. Uno de sus padrinos, Don Vicente lo visitó y le ofreció una propuesta: irse al norte de mojados a la pisca.

Un sábado, ocho campesinos salieron de San Benito. No llevaban más que unas manzanas medio podridas para sobrevivir los siguientes días. Una camioneta destartalada los recogió a las 5 de la mañana.

En el transcurso de tres días, se adentraron en la estepa de los estados que estaban más cercanos al bajío del país. Los primeros días, los campesinos platicaban mucho de todas sus desgracias y de lo orgullosos que estaban de sus hijos y de sus esposas. Pero a medida que la camioneta se adentraba en sitios más desérticos, los hombres iban callados. Comían lo que lograban pepenar de algunos pueblos por los que iban pasando.

En una semana, llegaron a la frontera. Los migrantes ya estaban agotados, pero Don Vicente les dijo que sacaran ánimos porque venía la parte más difícil del viaje: la violenta cruzada. También les dijo que se pusieron muy abusados porque las patrullas estaban más feroces que nunca. Los muchachos sintieron miedo, pero el hecho de mantener a sus familias les renovaba las pocas fuerzas que tenían.

Una de aquellas noches, el pollero les indicó por cuál de las entradas de la barda podían entrar al desierto de los Estados Unidos y a qué hora era menos probable que los fueran a descubrir. A la hora acordada, los migrantes se fueron aproximando a los alrededores de la barda. A las tres de la mañana en punto, fueron pasando uno por uno por una de las rendijas de aquella. El primero que logró cruzar tuvo que ir jalando a los demás que venían a continuación.

Lo más difícil no fue pasar por la barda sin ser vistos, sino que fue soportar el calor del desierto los siguientes cinco días. Caminaron sin descanso porque no debían ser descubiertos. Prácticamente ya no se dirigían la palabra, todas sus energías se concentraban en seguir y seguir caminando.

Después de un mes de penurias, Jacinto y los demás migrantes llegaron por fin a la ciudad de San Vincent a un refugio de migrantes. Jacinto se sorprendió de ver la cantidad de hombres y mujeres que ahí había. La mayoría acababan de llegar como ellos y se encontraban en situaciones penosas de salud. Varios de ellos murieron a los pocos días a causa de la insolación que les provocó el desierto. Jacinto se mantenía fuerte. Cada vez que la desesperación lo invadía, sacaba de su cartera la foto de su esposa y de su hijo. Sabía que tenía que trabajar fuerte para terminar con la hambruna que no les dejaba vivir.

Las semanas siguientes, tres camionetas iban a recoger a los campesinos y se los llevaban a un campo vestido de verde y de rojo: eran campos de fresas. Hombres y mujeres recolectaban frutos desde el amanecer hasta que se ocultaba el sol. Los trabajadores solo regresaban a cenar, ducharse y dormir. No tenían privacidad, prácticamente dormían abrazados para soportar el frío. Los días pasaron en la misma rutina. Jacinto y sus amigos de San Benito descansaron cuando finalmente pudieron enviarles dinero a sus familias.

Todo era trabajo y diversión, hasta que uno de sus viejos vecinos lo felicitó porque se enteró de que Mariana, la esposa de Jacinto, estaba embarazada. Jacinto no supo qué responder porque el recordaba que desde que comenzó la hambruna en el pueblo él y

Mariana no habían tenido ningún tipo de intimidad. Los celos y la incertidumbre no lo dejaban en paz. Jacinto decidió que trabajaría un par de meses más y regresaría al pueblo a ver a su familia.

Era el verano de 1992 cuando Jacinto regresó a San Benito. Su hijo ya tenía 4 años y lo recibió con mucho amor. Mariana no esperaba a Jacinto, cuando lo vio dio un sobresalto e intentó ocultarse la barriga que ya estaba muy abultada.

—¿Qué ha pasado, Mariana? Nunca me escribiste ninguna carta. Me enteré por chismes de que estás embarazada, pero dudo que sea mío. Tú y yo ya no estábamos juntos.

—No lo entenderías, Jacinto. Nosotros estábamos muy solos y teníamos mucha necesidad. No supimos de ti hasta que llegó el dinero; pensábamos que estabas muerto.

—¿Entonces no es mío?

Mariana se quedó callada y se limitó a abrazar a Javiercito. Jacinto echó a llorar de rabia y de impotencia. Era como si todo lo que hubiera hecho por ellos no importara.

Esa noche, Jacinto salió a tomarse unos pulques. No dejaba de llorar por la traición de Mariana. A las tres de la mañana, completamente borracho, fue a uno de los establos y tomó una cuerda. Como pudo, tambaleándose, se trepó a un árbol y enredó la cuerda en él. No había nadie que pudiera detenerlo. Tomó la cuerda entre sus manos y metió su cuello. En un segundo dio un brinco y, en tres segundos, su cuello fue vencido por la fuerza de la cuerda y de la gravedad. Su cuerpo se convulsionó como una serpiente en llamas. Los ojos se le desorbitaron y de su boca brotaron los últimos rezagos de pulque. Durante la madrugada, el viento tambaleó su cadáver de un lado a otro del árbol hasta que amaneció. A las tres de la tarde, un ganadero encontró su cuerpo en medio de gritos desoladores.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.



Instrumentos

Fátima Amador

Encontrar el comienzo y el cierre de la existencia es muy complejo. Rosalba se levantó temprano como siempre; la mañana estaba álgida. El hospital donde trabajaba quedaba como a unos cuarenta y cinco minutos de su casa. Le gustaba caminar para hacer ejercicio y así contemplaba un poco el panorama, ya que sólo cruzaba el parque y a unas cuantas calles se encontraba su casa.

Le encantaba su trabajo y atender a las mujeres que daban a luz. Se deleitaba cuando veía como se les iluminaban los rostros que veían por primera vez las caritas de esos pequeños seres que aún no tenían nombres.

Aquel día había pasado sin muchas novedades: tres partos que le tocó atender, unas cuantas suturas de heridas por accidentes leves, pero nada más. Salió de trabajar más tarde de lo acostumbrado. Pensó: “¿Estará abierta la panadería de la esquina?” Caminó y, por suerte, aún no cerraban. Abrió la puerta, entró, tomó una charola, puso unas baguettes y cinco brioches que tanto le gustaban, pagó y salió.

La lluvia que había comenzado desde temprano parecía que no amainaría nunca. Hacía mucho frío, sus manos estaban tíasas como bloques de hielo. Se levantó la bufanda y se cubrió la boca. Caminaba lento; la lluvia, el frío, el cansancio y la noche le impedían moverse con rapidez. Todo el cuerpo lo sintió pesado solo de imaginarse que tendría que atravesar el parque, que en ese momento le dio la impresión de que era más grande. Experimentó que el cuerpo se le agotaba antes de moverse. Creyó que con cada paso que daba tardaría mucho más en llegar. El lugar lo percibió malintencionado.

Los andadores que antes le provocaban dar un largo paseo se abrían como resoluciones que prefirió no tomar, debido a que los

grandes árboles ya no le ofrecían sombras, sino vigilancia. Esa familiaridad le pareció sospechosa; no sabía de dónde le venía esa resistencia. Se quedó parada unos segundos escuchando sus inquietudes como una renuncia anticipada. Sin embargo, ese día estaba tranquilo.

Fue entonces que se dio cuenta de que atravesar el parque se le había vuelto muy espinoso. Esa noche la sintió como un obstáculo, signo de una fatiga acumulada; era fría y oscura. Se le erizaba la piel, pero conocía el lugar. Se armó de valor y caminó a pasos rápidos.

Cuando iba a medio parque, levantó la mirada y vio que, en la esquina, fumando, estaba Chano el carnicero. Este tipo la molestaba tanto que ya la tenía cansada; por más que se negaba a sus insinuaciones, no paraba de acosarla. Era terco, áspero y, además, su cuerpo despedía un olor áspero, repulsivo, como a cebo rancio.

Mientras se acercaba, él ya la había visto. Ella cambió de calle con unos movimientos que parecían de un pato borracho; no era necesario correr. Él comenzó a caminar en su dirección, con una calma obscena. Le cerró el paso exactamente donde la luz del poste menguaba y le pareció que todo el lugar contenía la respiración.

—Ahora o nunca —dijo este.

Rosalba retrocedió un poco, sintió el candente frío de la pared en su espalda. Entonces lo vio sacar algo de su chamarra; el reflejo de la tenue luz dió contra la hoja y el cuchillo brilló como un relámpago reducido. Ella temblaba, no pudo gritar debido a que el aire se le atascó en el pecho. Chano avanzó y el espacio entre ellos se redujo; ella sintió de golpe aquel aliento nauseabundo.

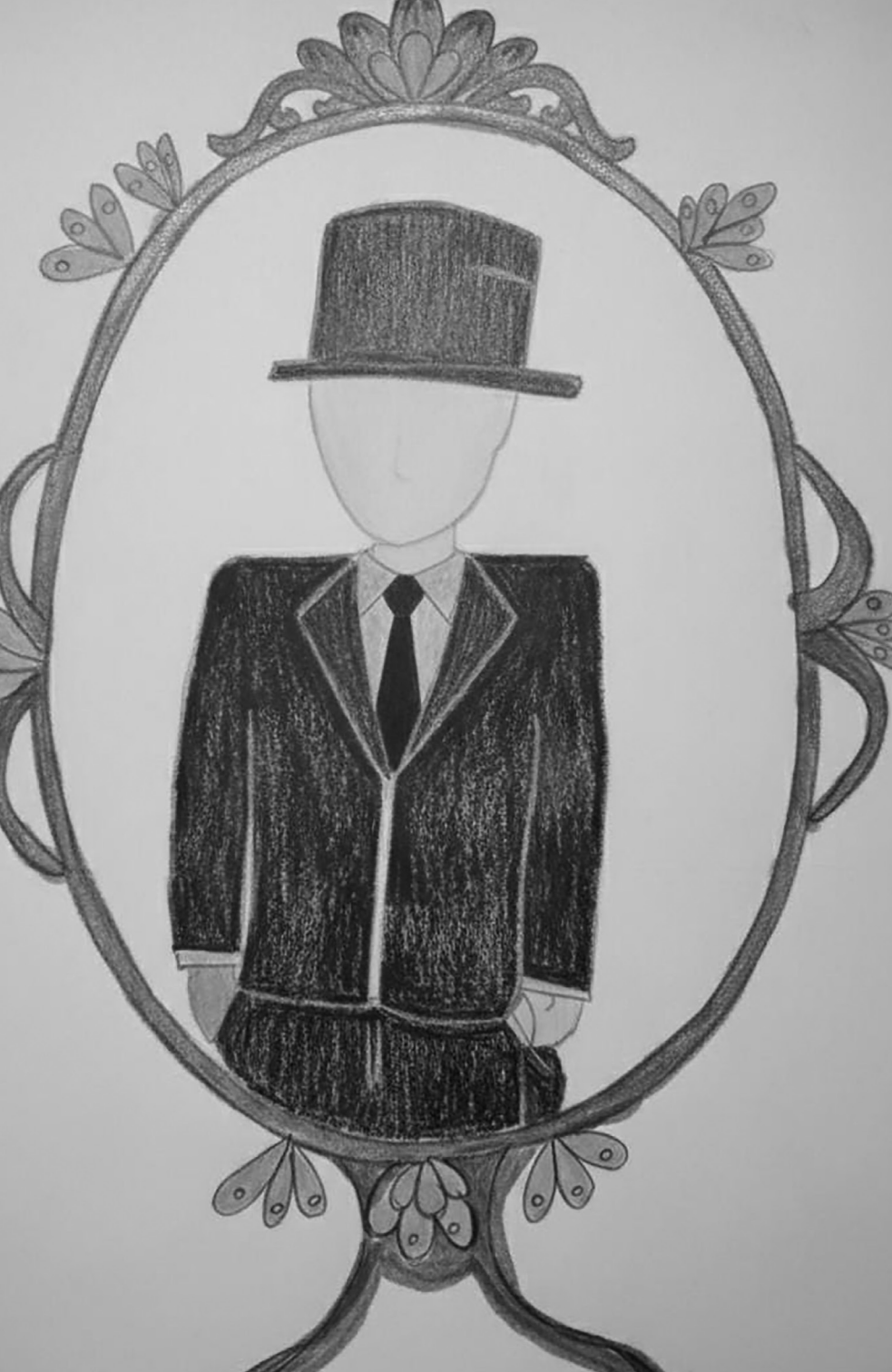
Ella levantó los brazos y soltó la bolsa donde llevaba el pan, se cubrió el rostro con las manos; de pronto escuchó que el sujeto se reía. Él continuó con el cuchillo en la mano izquierda y le pasó la otra por el hombro. Ella no hizo resistencia, de pronto la joven metió la mano en la bolsa de su bata, que no se había quitado por las prisas con las que salió del trabajo. Sintió algo frío con la punta de sus dedos; se dio cuenta de que eran las tijeras con que

le quitó unas puntadas a un paciente antes de salir del hospital. Las acarició, respiró profundo con tranquilidad, la sacó y se las clavó en el riñón.

Chano la soltó. Ella le vio la cara de dolor, la boca abierta sin poder emitir ni un sonido. Él se agachó, se aferró a su cuchillo. Inmediatamente ella reaccionó, le tomó la mano que empuñaba el arma, la enderezó en dirección a su estómago, se lo hundió. Él se dobló hacia adelante y cayó boca abajo. La joven fue hacia la bolsa del pan, la recogió y caminó hasta donde estaba el cuerpo de Chano, le arrancó las tijeras aún chorreando sangre. Buscó en la bolsa, sacó un baguette e introdujo las tijeras para que la sangre se impregnara en el migajón del pan y lo metió en la bolsa nuevamente.

Miró alrededor: no había ningún alma que respirara por el lugar. Alisó su uniforme con las manos temblorosas y siguió su camino. Cuando le faltaban unas cuantas calles para llegar a su casa, vio de pronto a unos perros hurgando en unos costales de basura. Se acordó del pan, sacó las tijeras y cortó el baguette en trozos y se los tiró a los perros; éstos los devoraron en un segundo. Respiraba aliviada, prosiguió el camino, divisó su casa; una sensación de alivio le llegó enseguida; lo único que quería era llegar a descansar.

Fátima Amador estudia Creación Literaria en la UACM, San Lorenzo Tezonco. No explica lo que escribe, a veces le falla el sentido; sin embargo, continúa intentándolo.



El reflejo

Aline Itzel Martínez Luviano

Desde la entrada de la puerta puede verse un muro de ladrillos con el cual te identificas. Observas los siete escalones que te guiarán a la soledad y a la nostalgia. Al subirlos sentirás que el espacio es cada vez más grande para un solo cuerpo. Frente a ti, hay otra puerta diciéndote que puedes huir y que ese no es el lugar correcto para sentirse feliz. No tienes a donde ir, es el único lugar que te recibirá por el momento. Decídete, atraviesa el miedo y confronta que serás la única persona con vida dentro de la casa. Al abrir la puerta, del lado izquierdo se puede ver una sala esquinera color blanco donde sentarse por largo tiempo provoca incomodidad. Junto a ella, se encuentra el comedor de madera de caoba que guarda siete lugares que casi nunca son ocupados. El polvo es el testigo de la soledad que dicta esta celda. Del lado derecho, existe un baño que fue hecho para las visitas; sus muros y pisos están forrados de un azulejo color azul con delfines que saltan de un mosaico a otro; es un baño funcional, casi nunca recibe visitas. De frente, están colocadas las escaleras de madera que te llevan a los cuartos del primer nivel. A lo lejos y de frente, verás que existe otra puerta en forma de arco que te llevará al jardín, un lugar tranquilo, lleno de plantas, flores y árboles frutales que son compartidos con las aves y sus crías; ese lugar es el más cálido de toda la casa. En la sala comedor se siente frío y el viento no logra escapar de sus muros de ladrillo quemados.

Una vez que pasas a otro baño y das vuelta por el lado derecho, te encuentras cinco escalones que te llevarán a la cocina. En ella hallarás el refugio para someter las emociones negativas. El piso blanco te hace imaginar que el lugar es tranquilo, limpio y perfecto. No hay pisadas que muestren a la familia que ahí estaría viviendo.

El azulejo de las paredes combina con el baño; es azul y muestra a más delfines con una gran sonrisa. Pero tu sentimiento no es igual que los delfines, tu sonrisa se ha borrado y muestra un rostro serio y pensativo. Del lado izquierdo, se encuentra el refrigerador que mide casi dos metros de altura; es de dos puertas, su piel es de vidrio. Amas observarlo todos los días, con el desayuno, comes y cenas. Refleja la soledad que fue resultado de un abandono por la traición y el desamor de quienes juraron amarse toda la vida. Él se asoma cuando llegas de la escuela, te pregunta:

—¿Qué tal tú día?

La respuesta siempre es la misma: “Me fue muy bien, en matemáticas me fue muy mal” .

—Cuéntame tu día. ¿Cómo te fue en tu exposición? ¿Hablaste con el profesor sobre la duda que tenías? —dice el refrigerador y continua la charla —¿Quieres comer? ¿Qué se antoja? Yo tengo varias cosas que te gustan, te conozco y guardo tus cosas preferidas.

—Tengo que decirte que me siento sola y triste, me meteré al equipo de basquetbol para ayudar a mi mente.

—Yo te apoyo, eres buena en los deportes y entusiasta. Llegar tan temprano a casa no te ayuda mucho.

Decides cocinar un trozo de carne congelada que él guarda en su interior y acompañarlo con verduras al vapor para seguir con la plática de tu amigo, el refrigerador. Ese reflejo nunca se irá, siempre te espera para preguntar: ¿Cómo te sientes? Tienes una plática muy amena con él mientras se cuece la carne. La estufa se encuentra frente de él y su piel de vidrio te hace ver todos tus movimientos. La amistad es un lazo que han ido tejiendo a lo largo de 14 años.

Con el refri, has logrado un lenguaje para que se entiendan con pocas palabras. Quieres platicar con alguien y él es quien se preocupa por ti. Caminan juntos alrededor de la casa.

Su piel está hecha de un material que se parece al tuyo, es fuerte, valiente, irrompible, delicado. Siempre está observando a las pocas personas que se presentan en la casa. La cocina es el punto de reunión. Nunca conversa con alguna de ellas, pero

escucha lo que platican y analiza con detalle cada una de las palabras que escucha.

—¿Ayer escuchaste a mi papá que llegó enojado y estaba hablando con el abogado? Cuéntame el chisme porque no alcancé a escuchar nada.

Lo abren y lo cierran sin importancia. En algunas ocasiones, lo azotan y no le dan las gracias por guardar los alimentos. Él es quien guarda las energías que necesitas. Se parecen más de lo crees. Nadie le da la importancia que requiere. Mientras uno es catalogado como un simple mueble, a ti se te nombra como un simple ser humano y un miembro más de la familia que fue abandonado.

La mudanza lo dejó en la puerta en un camión que lo conducía un hombre que le pagaron por llevarlo, un desconocido. A ti te dejó un taxi también con un hombre desconocido al que le pagaron para llevarte en la misma puerta que el refrigerador. A él lo escogieron de una tienda en una bodega arrumbada; a ti te tenían en otra casa arrumbada y olvidada. Por él pagaron una gran cantidad sin conocerlo. Tú tenías una pensión guardada en un plástico y, para no pelear por el dinero, el mejor acuerdo fue irte a vivir con tu padre. Ahora ambos conviven, platican todos los días: el refrigerador y el humano. Una amistad que transformó al mueble en su mejor amigo, y éste dejó de ser un simple mueble más en la casa para convertirse en la compañía eterna de una mujer abandonada.

Aline Luviano estudia Creación Literaria. Le apasiona el color petróleo, leer, cocinar y ver series. Aún no encuentra la respuesta a la pregunta ¿Que hago aquí? Además Aline es una chica con liderazgo e iniciativa.



Extranjero de la muerte

Britany Jaquelin Villegas Serralde

David no recordaba qué había sucedido porque ahora se encontraba en un lugar frío, oscuro y agonizante. Él sabía que no pertenecía allí; su mundo era distinto, vibrante y colorido. Se levantó y caminó hacia la luz que se veía a unos pasos. Al llegar, vio varias sombras que flotaban en una apatía gris. De repente, una sombra enorme se sentía llegar. David se ocultó tras una montaña de tierra. La sombra se acercaba más y más hasta que un lamento se escuchó. David cerró los ojos y, al abrir lentamente uno de ellos, estaba frente a Beatriz, una mosca de color verde tornasol que, a diferencia de todo lo demás allí, tenía una energía frenética.

—¡Hola, qué podrida te ves! —dijo Beatriz

Él abrió los ojos y quedó sorprendido al verla.

—¿Tú hiciste ese lamento? —preguntó—. No, chula, las divas como yo no nos lamentamos. Es don Pepe que desde que llegó aquí se lamenta por todo, pero no te distraigas, bombón, mejor cuéntame: ¿cómo es que llegaste aquí?

—No lo recuerdo bien. Solo recuerdo un destello de luz, el chirrido de la llanta de un coche y después se volvió todo negro. ¡Por favor debes ayudarme, no quiero estar aquí!

—Oh, lamento mucho lo que te sucedió, aunque soy muy buena regresando al mundo de los vivos.

—¡Vamos, levántate! Salgamos de los pozos de la desesperación.

Emprendieron el camino. Llegaron a la frontera donde había una explanada de lápidas de mármol negro. Allí, se encontraba el guardián de los huesos, quien le impuso un reto: nadie sale de la tierra de los muertos si no tiene suficiente fuego en el espíritu.

De pronto, la tierra tembló y de las tumbas emergieron esqueletos con chaquetas de mezclilla sucias y desgastadas. Empezó

a sonar un ritmo ancestral, pero extrañamente familiar. David reconoció los primeros acordes de Thriller. El desafío consistía en replicar la coreografía de baile y quien se equivocara no tendría oportunidad de pasar y le pertenecerían sus huesos al guardián.

—Tres, dos, uno. ¡Comiencen!

David sabía perfectamente la coreografía; no sabía que las noches de fiesta en la ciudad le servirían de ayuda. Aunque sus articulaciones crujían, eso no fue impedimento para mover el esqueleto. Al llegar al icónico paso de los hombros y las garras, David lo ejecutó con tal fuerza que las calaveras, impresionadas, se deshicieron en aplausos de hueso contra hueso. Había ganado su derecho a pasar.

—¡Muy bien, lo lograste!

—Vamos —le dijo Beatriz, mientras se posaba en su dedo índice.

Se empezó a dispersar la neblina para dejar a la vista la cueva de las almas y los susurros.

—¿Qué es este lugar?

—Es la garganta de las lamentaciones. Aquí, las paredes están formadas por rostros y manos que intentan atraparte. No hagas caso de lo que te digan; debes escalar hasta dejar de escuchar las voces. Confía en ti. ¿Entendido?

Se adentraron a la cueva. En un principio se escuchaban susurros, pero conforme iban avanzando se escuchaba voces que decían: “Nadie te aceptará siendo un monstruo, tus amigos te han olvidado, no vales nada allá arriba”. David recordó cuando en la ciudad le gritaban insultos por su forma de vestir o de ser, así que suspiró profundamente y hundió sus dedos en la piedra fría, cerrando los ojos para no ver las manos que intentaban tirar de él. Beatriz zumbaba con fuerza cerca de su oído para opacar las voces.

Poco a poco, las voces volvieron a ser susurros hasta que ya no escuchó nada. Era casi el final de la cueva. Había una luz blanca, tan intensa que siguieron escalando hasta que aparecieron en el suelo de su viejo departamento. El lugar olía a polvo y a flores secas.

—Beatriz, ¿dónde estás? —preguntó David.

—¡Pero qué preciosidad soy! Mira lo acuerpada que estoy —exclamó Beatriz.

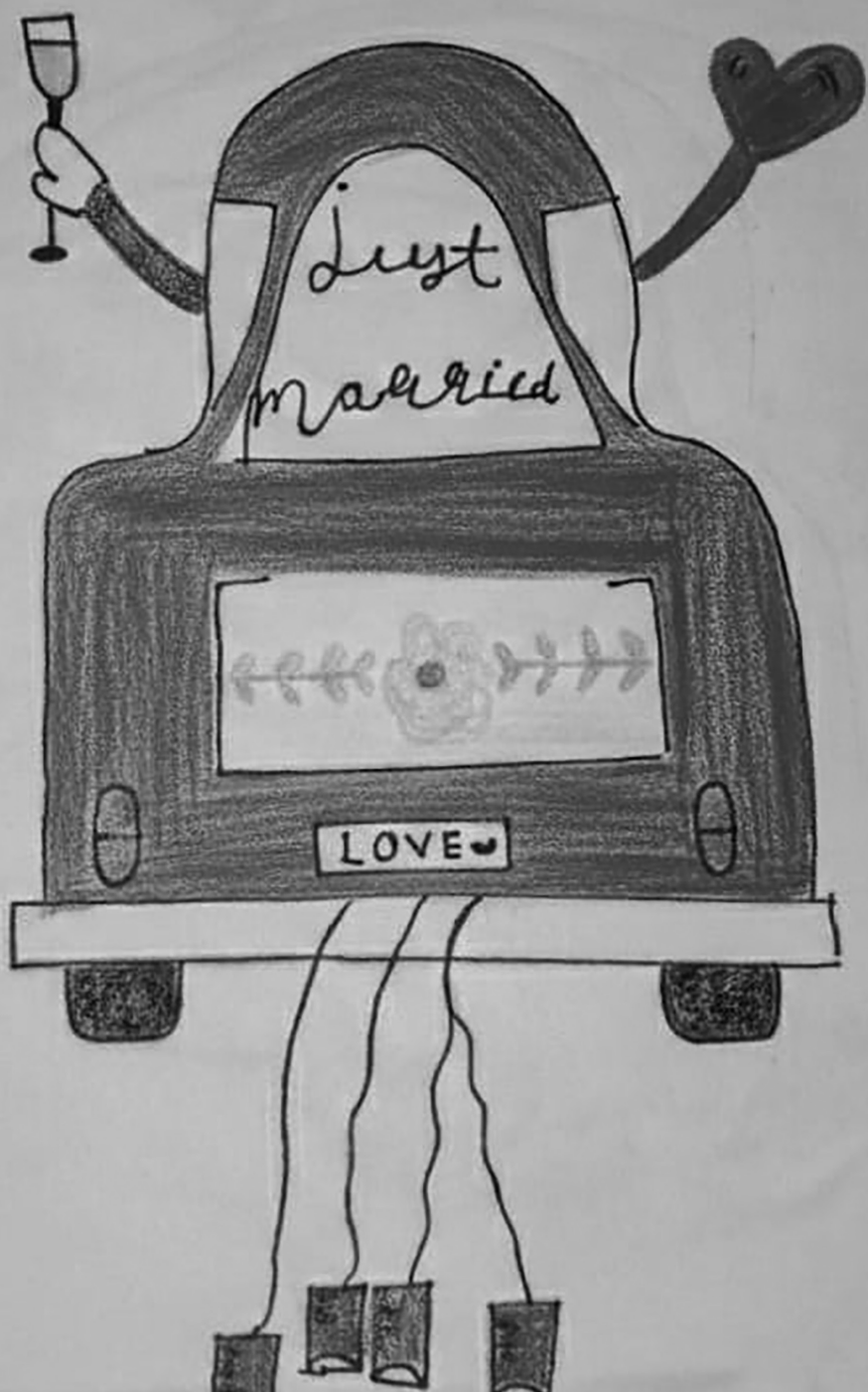
Él también se miró al espejo: su piel tenía un tono grisáceo y sus movimientos eran algo torpes, pero sus ojos seguían siendo los mismos. El rugido de una multitud vibró afuera: era la marcha LGBT+. Bajaron enseguida, pero en la entrada de la puerta David se detuvo un momento; el miedo lo paralizó. Temía que la sociedad lo rechazara nuevamente no solo por su preferencia sexual, sino por ser un extranjero de la muerte.

Al salir, caminó hacia la avenida principal entre *drag queen* con plataformas kilométricas, chicos con alas de ángel y abuelas con pancartas de apoyo. La palidez de David parecía solo un disfraz más, una declaración de principios.

Alguien le puso una bandera arcoíris sobre los hombros. Después de haber estado en un lugar frío y oscuro, sintió ese calor nuevamente, no solo el físico, si no también el calor de la pertenencia.

David y Beatriz empezaron a bailar. Él seguía rígido en sus movimientos, pero la gente no veía a un muerto viviente, veían a alguien que celebraba su existencia contra todo pronóstico. Esa tarde, bajo la lluvia de confeti, David comprendió que volver de la muerte había sido difícil, pero vivir con orgullo era lo que realmente lo mantenía vivo. Ya no era una sombra, era un espectro lleno de color.

Britany Serralde estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.



Novia a 5 km/h

Maricarmen Aguirre Urióstegui

María, una joven de 33 años, trabajaba en un despacho de arquitectos. Aparentemente, tenía todo lo que se esperaba de una chica de su edad; sin embargo, le hacía falta casarse. Estaba comprometida con Orlando; pronto celebrarían una boda. Él era un ingeniero de 35; un hombre de carácter explosivo e impaciente. María era más centrada y decidida.

Había llegado el día de celebrar la boda. María y Orlando pasaron toda la mañana arreglándose en sus respectivas casas al sur de la ciudad. María pasó tanto tiempo alistándose que se le hizo tarde para salir a la misa que sería a las siete de la noche en la colonia San Rafael.

Sus padres, Jorge y Ramona, apuraron a María y pusieron el auto en marcha. Se incorporaron al periférico cuando el mar de automóviles se empezó a acumular en las incorporaciones. Pasaron lentamente por el Parque Ecológico de Xochimilco. María vio el contraste del asfalto con las áreas verdes y un fragmento del lago de Xochimilco. Recordó la primera cita con Orlando en ese parque. No podía creer que aquel lugar les hubiera marcado el inicio de una historia que terminaría en boda.

Siguieron avanzando sobre periférico, pero el tráfico se iba haciendo cada vez más pesado. Faltaba media hora para las siete y ellos ni siquiera habían llegado a Tlalpan. Por si fuera poco, empezó a llover. María empezó a sentir prisa y ansiedad.

Sus padres comenzaron a discutir por una posible infidelidad de su padre. María se preguntó si así terminaría su matrimonio con Orlando cuando ya tuvieran más de sesenta años. Comenzó a invadirla la inseguridad porque alguna vez ella también encontró mensajes de otras mujeres en el celular de él. Observó la banqueta que tenía al lado y justo una pareja se estaba peleando

en una parada del camión. La mujer intentaba quitarle el celular a su novio y él no quería entregárselo.

Por fin lograron entrar a Tlalpan con los cántaros de lluvia azotando los vidrios del auto. María se concentró en observar lo que pasaba en la calle para no ponerles atención a sus padres que discutían. Vio algo que le rompió el corazón: una familia de indigentes debajo de un puente. Los niños parecían muy desnutridos y los padres tenían aspecto de ser farmacodependientes. María se preguntó si esa era una vida justa para los infantes; se contestó a sí misma que no, que no era justo traer a niños así al mundo. Después, se preguntó si ella quería tener hijos. Realmente nunca se lo había preguntado, menos sabía si Orlando quería tenerlos; nunca habían tenido esa plática. María sintió un nudo en el corazón y en el estómago porque su respuesta fue que era un mundo muy cruel para tener hijos.

Siguieron avanzando por Tlalpan a la altura del metro San Antonio Abad. María vio a las trabajadoras sexuales que se refugiaban de la lluvia. Recordó cuando se enteró que Orlando había estado con alguna de ellas hacía tres años. La envolvió el enojo de nuevo porque después de aquel evento, ella dio a positivo a VPH. Fue una de las mayores discusiones y decepciones que habían enfrentado como pareja; sin embargo, María lo había perdonado. Pero al volver a pasar por aquel lugar y ver a las mujeres, se sintió como una tonta. Sus ganas de llegar a la misa iban disminuyendo a medida que observaba la ciudad y recordaba detalles de su relación.

Dieron las siete de la noche y ellos seguían atorados en Tlalpan. María contempló los edificios de departamentos nuevos que se iban levantando a lo largo de la calzada con los letreros de “se vende” o “se renta”. Ella y Orlando ya habían empezado a cotizar alguno de estos departamentos, pero se dieron cuenta que no les alcanzaría. El miedo invadió a María. ¿Dónde vivirían de ahora en adelante? Se dio cuenta que tendrían que vivir en casa de su suegra. Las escenas de las groserías de la señora hacia a ella le

dieron vueltas en la cabeza. Definitivamente no quería vivir con ella en esa casa. Las ganas de salir del carro la vencieron.

María aprovechó que el carro se había vuelto a detener para bajar de él cerca de la estación Bellas Artes. Los recuerdos de todo lo malo que había vivido con Orlando pudieron más que ella.

Sus padres le preguntaron a dónde iba, pero María no contestó y azotó la puerta. Las gotas de lluvia pronto comenzaron a humedecer y a ensuciar el vestido blanco. María corrió por la calle con la cabeza dando vueltas por todos los recuerdos y el mal pronóstico que le daba a su matrimonio. De no haberse quedado atorada en el tráfico, no se hubiera dado cuenta de todo lo malo que había pasado y que le esperaba.

Orlando y los invitados esperaron una hora a la novia, pero nunca llegó; sólo vieron llegar a los padres, quienes les informaron que María se había echado a correr a mitad del tráfico y de la lluvia. Mientras, María había abordado el metro en la estación Revolución. Su vestido, ahora gris, parecía hacer pareja con el monumento. María decidió regresar a casa en metro porque quería evitar el tráfico de la ciudad, aquel tráfico que la había ayudado a liberarse, a decidirse.

Cuando María entró al metro, todos los usuarios voltearon a verla sorprendidos. Unos le tomaban fotos; otros eran más atrevidos y le pedían tomarse fotos con ella. Un policía le preguntó si se sentía bien y si necesitaba ir a la enfermería; hasta la dejó pasar gratis al metro. El vestido de María contrastaba con las ropas de civiles de los demás no sólo por el color, también por lo mojado que estaba. Finalmente abordó en dirección a Taxqueña en el vagón de mujeres. Una de las señoras le cedió su lugar con la condición de que le contara por qué había decidido huir de su boda.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.

Destino de vida

se terminó de imprimir en 2026,
en el Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Se imprimieron 30 ejemplares en papel Bond de 75 g.
Para su formación se utilizaron tipos de la familia (Sans),
diseñada por (el nombre de quien la diseñó)

Copyright © 2026

Editorial Lumbre. Proyecto autogestivo de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
Plantel San Lorenzo Tezonco.

Producción editorial del Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco

Equipo editor: Galaxia

Edición: Frida Sofía Morales Torres. Diseño y formación: Christofer Joshua Gálvez Vázquez.

Producción: Perla Karen Cruz Chávez. Distribución: Verónica Rivera Morales.

Recursos digitales: Víctor Jiménez Mendoza

Primera edición marzo 2026

Impreso en México

Esta es una obra de copyleft, solo puede ser reproducida si se da claramente el crédito a las autoras y autores, a la Editorial Lumbre y si se publica también bajo licencia de copyleft. Lo contrario es una violación del principio de colaboración y de libre circulación de las ideas.

Esta antología recorre las etapas del “viaje del héroe” a través de personajes enfrentados a lo extraordinario y lo cruel. El llamado a la aventura surge en el hambre de San Benito o en el estruendo de una trinchera, obligando a los protagonistas a cruzar el umbral hacia lo desconocido: una frontera peligrosa, un campo de batalla o incluso el reino de los muertos. En este descenso, enfrentan pruebas de fuego, soledad y traición. Algunos encuentran aliados inesperados en objetos cotidianos o seres de luz, mientras otros hallan el elixir de la libertad al huir de un altar o defender su vida con audacia.

Un viaje visceral donde el retorno no siempre es físico, sino una transformación profunda del alma frente al destino.

Lumbre es una editorial experimental y autogestiva creada para la comunidad del Plantel San Lorenzo Tezonco de la UACM. Publicamos libros y materiales que buscan abrir conversaciones, provocar ideas y generar encuentros a partir de la lectura. Te invitamos a visitar nuestra página web y explorar los recursos digitales que amplían y acompañan esta publicación.



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
NADA HUMANO ME ES AJENO

lumbre
Leer te prende


Laboratorio de
Comunicación Gráfica

EJEMPLAR
GRATUITO
prohibida su venta